

están cerrando. Conforme se prolongue esta situación, también será mayor el impacto sobre el sector financiero.

Por otra parte, el colosal esfuerzo fiscal también dejará secuela. Trump ya había roto con una, al menos teórica, tradición republicana de disciplina fiscal cuando las finanzas públicas estadounidenses mostraron un déficit que casi alcanzó el billón de dólares en el cuarto trimestre de 2019 (4.6% del PIB, y 26% más que en 2018). En 2020, esa cifra podría alcanzar 3,3 billones, o 16% del PIB, el déficit más alto desde 1945, cuando Estados Unidos pagaba por la intervención militar en la Segunda Guerra Mundial.

La deuda pública también supera ya al tamaño total de la economía. Por ello, uno de los grandes retos para la próxima administración será cómo incrementar la recaudación fiscal sin matar la recuperación económica. Si Joe Biden gana la elección, buscará además financiar un gran programa de infraestructura.

Otros cambios que se darían con la llegada del demócrata a la Casa Blanca serían una menor confrontación con China y el término de la disputa comercial con Europa. A su vez, la administración demócrata más “ambientalista” en la historia exigiría a México que cumpla con los compromisos adquiridos con la firma del T-MEC, lo cual haría imposible que López Obrador continúe con sus planes para incrementar la capacidad de refinación y para generar energía eléctrica a partir de carbón y combustóleo.

Quizá lo único que hoy podemos afirmar es que el 46º presidente de Estados Unidos tendrá que enfrentar un entorno económico internacional cuya complejidad solo lograremos determinar una vez que la pandemia haya sido superada. —

**JORGE SUÁREZ-VÉLEZ** es economista y analista financiero. Escribe en el periódico *Reforma*.



Fotografía: Prensa Internacional via ZUMA Wire

## Y México ¿cómo tendría que votar?

ARTURO SARUKHÁN

Durante mi gestión como embajador en Washington, frecuentemente bromeaba subrayando que las elecciones en Estados Unidos eran tan importantes para nuestro país que los mexicanos deberíamos tener el derecho de votar en ellas. En vista de lo que encarna esta elección —tanto la presidencial como la legislativa— para México y su diáspora (documentada e indocumentada) en Estados Unidos, bien vale la pena jugar con la idea de cómo debiera votar nuestro país si se encontrase parado, boleta en mano, a boca de urna.

De cara a noviembre y desde hace tiempo, ha circulado en algunos sectores de opinión en nuestro país la tesis de que el resultado que más conviene a México en los comicios presidenciales estadounidenses es la reelección de Donald Trump. En parte, es el coleteo de un reflejo condicionado, una especie de resabio de memoria muscular, resultado de la convicción prevaleciente durante varias décadas en el sentido de que a México le sientan mejor las administraciones republicanas que las demócratas. Si bien hay algunos datos duros para sustentar esto en coyunturas distintas de la historia de nuestras dos naciones, también hay que recordar que

ha habido administraciones republicanas, como la de Reagan por ejemplo, en las cuales la agenda se crispó tanto por temas bilaterales (el secuestro y asesinato de un agente de la DEA en suelo mexicano) como regionales y multilaterales (los conflictos centroamericanos). Y ya no hablemos de la actual, republicana solo en nombre y que ha roto todos los paradigmas y principios de la relación bilateral construidos a lo largo de casi tres décadas, alchuetando a nuestro país y a nuestros migrantes como piñata político-electoral.

México ha jugado en dos ocasiones —contra la imperiosa necesidad de mantener una equidistancia partidista-electoral— en el arenero de una campaña general estadounidense, ambas con resultados harto complejos. La primera en 1992, cuando Carlos Salinas apostó abiertamente a la reelección de George H. W. Bush y hubo que establecer de emergencia relaciones con el equipo de transición del candidato ganador, Bill Clinton, para mitigar el daño en la antesala de una eventual decisión del ejecutivo sobre si someter o no para ratificación legislativa el TLCAN, negociado y concluido con el gobierno anterior. La segunda en 2016 con Enrique Peña Nieto y la desafortunada invitación

y desastrosa puesta en escena de la visita de Donald Trump como candidato, y cuyos saldos reales no podremos medir del todo hasta saber si Biden gana o no la presidencia y si los demócratas se hacen del control del Senado. Y, por si fuera poco, este episodio tiene dos colofones a cuenta del actual gobierno mexicano: la epístola de Andrés Manuel López Obrador a Trump el 12 de julio de 2018 después de su triunfo electoral, destacándole, *à la* Timbiriche, que “tú y yo somos uno mismo”, desplazando al “*establishment* o régimen predominante” de ambas naciones, cosa que irritó profundamente al liderazgo demócrata en el Congreso; y la reunión del mandatario mexicano con su homólogo en la antesala de la campaña y su zalamería innecesaria en la Casa Blanca, convertida ahora en cita de lujo de los *spots* de campaña de Trump por el voto hispano.

Con Joe Biden como el candidato demócrata, no debiera haber la menor duda acerca de cuál opción es la mejor para México. De un lado, un hombre que conoce a fondo la relación bilateral, que la ha abonado y jugado un papel central —desde el Senado y luego la vicepresidencia— en todos los temas de nuestra agenda durante las pasadas tres décadas: la aprobación del TLCAN en 1993, el paquete financiero de 1994, la eliminación del proceso unilateral de certificación legislativa sobre drogas en 2001, el apoyo a la iniciativa de ley bipartidista Kennedy-McCain para la reforma migratoria en 2007, o la construcción de un andamiaje de cooperación en seguridad, inteligencia y procuración de justicia. Pocos políticos en Estados Unidos conocen hoy la relación con México como Biden. Del otro, Donald Trump y su política de chantaje, embestida, diatriba, emboscada y contaminación permanente de la relación con México, con una agenda xenófoba

y antiinmigrante que lacera a millones de migrantes indocumentados mexicanos y que cilindrea al supremacismo blanco que ya se cobró la vida de mexicoamericanos en el atentado en El Paso en 2019.

Hay que decirlo con todas sus letras: apostar el futuro de México a otro periodo más de Trump es como entregarles las llaves de Fort Knox a Bonnie y Clyde. Alcanzada la renegociación del TLCAN, a él lo único que le importa con relación a México son los temas de seguridad fronteriza, la migración y ahora el trasiego de drogas ilícitas —del fentanilo en particular—. Fuera de esos asuntos que forman parte de su narrativa política-electoral frente a su voto duro, Trump no va a levantar ni el meñique para defender en México las premisas de una democracia liberal y de un sistema de pesos y contrapesos y separación efectiva de poderes, de la autonomía de organismos y dependencias clave para nuestra salud democrática, de los derechos humanos y la equidad, de la importancia de la libertad de expresión y de prensa, de una economía de reglas claras y piso parejo, de una sociedad plural y abierta. Todos estos temas le importan un rábano a Trump.

Y no sugiero aquí que una potencial administración Biden será un día de campo para nuestro país. De entrada habrá facturas que saldar por las percepciones —válidas o no— de que este y el anterior gobierno mexicanos se decantaron por Trump. Y Biden será mucho menos reacio a hablar —en público y privado— de los retos que enfrenta nuestro país en su vertiente interna en este momento. Pero sin duda alguna, en términos de la relación madura, corresponsable y sinérgica con Estados Unidos a la que muchos le hemos apostado durante años, el escenario más deseable es una victoria de Biden. —

**ARTURO SARUKHÁN** es diplomático y consultor internacional. Mantiene una columna en *El Universal*.

## Reconstruir mejor: la oportunidad histórica de Joe Biden

SIMON ROSENBERG

Si Joe Biden y Kamala Harris ganan la elección de noviembre, van a heredar un país terriblemente dañado por dos fracasos actuales: la respuesta a la pandemia de covid-19 y el colapso y radicalización de uno de los dos principales partidos políticos.

En un ensayo publicado en esta misma revista en 2012 advertí que el Partido Republicano, en lugar de reinventarse para hacer frente a los retos de la globalización y la era posterior a la Guerra Fría, estaba luchando contra estos cambios, convirtiéndose en una fuerza reaccionaria antimoderna en la vida estadounidense. Los resultados de la trayectoria ideológica republicana de Reagan a Trump han sido desastrosos para Estados Unidos. En el plano geopolítico, la influencia estadounidense en el mundo nunca antes había estado a niveles tan bajos. Los presidentes republicanos han marcado el inicio de tres recesiones consecutivas y dejaron a la nación más endeudada que en cualquier otro momento desde la Segunda Guerra Mundial. El coronavirus confundió al presidente actual y su rechazo a atenderlo a tiempo ha provocado un daño duradero a la economía estadounidense y a la salud de su gente. Una malevolente supremacía blanca ha revivido, lo que ha creado serias divisiones en una sociedad diversa, donde millones de migrantes se sienten